

LOS INVASORES

(Por Adriana Schettini) Como las alergias, aparecen en primavera. Durante el invierno son seres discretamente civilizados: ratas de ciudad que van del trabajo a casa y viceversa sin despertar sospecha alguna. Gente pacífica, se diría, que le da puntualmente la propina al portero; mira videos los sábados por la noche; sobrevive el ajuste pedaleando con dos o tres tarjetas de crédito; compra electrodomésticos en cuotas; conversa semanalmente sobre lo que dijo el invitado de turno en el programa de Mariano Grondona y hace gala de una moral elástica: que los políticos meten la mano en la lata ya se sabe —opinan—, pero sería de desear que no la vaciaran por completo. En fin, ciudadanos que cabalgan entre la viveza criolla y la prudencia para acercarse a los límites de lo aceptable sin sacar los pies del plato.

Sin embargo, hacia la segunda quincena de setiembre la bestia que dormía agazapada en sus cerebelos se despereza y les hace perder cualquier tipo de freno inhibitorio. Desaforados por un poco de sol, se vuelven el terror de sus vecinos, amigos y favorecedores. A medida que el almanaque avanza sus prójimos intentan las mil y una pirueta para evitar cruzarse con ellos a la vuelta de la vida. No es para menos: el salvaje que llevan dentro —y que no es precisamente tan bueno como el que imaginara Rousseau— está dispuesto a alquilar a su mismísima madre en cómodas cuotas, si es preciso, con tal de colarse en una casa con piscina, chalet de fin de semana, cabaña playera, quinta, estancia, o vulgar quincho del fondo con Pelopincho incluida.

Con años de experiencia en el arte de tomar la casa ajena como propia, han desarrollado una sensibilidad precisa como un radar para evitar que escape a sus tentáculos cualquier inmueble susceptible de albergar sus ansias de veraneo. El primo de la cuñada de sus suegras les parece, en circunstancias semejantes, un familiar más cercano que la madre que los parió si es que el mortal en cuestión resultó el feliz heredero de más de cuatro metros cuadrados de tierra pasando la General Paz. Y allí se dejarán caer los fines de semana, con sus críos, sus bolsos, sus bronceadores y hasta el perro porque “si lo dejamos solo nos destroza el tapizado de los sillones”.

Puestos a invadir quintas y casas de week-end, no se privan de nada: llegan con la factura para la hora del mate —nunca más que una docena porque eso engorda y no alimenta, claro— pero devoran cuanto bocado les ofrecen los dueños de casa. Desparraman sus musculaturas en las pocas reposeras que alcanzan a manotear mientras sus anfitriones les preparan la típica picada previa al asado del que, un rato más tarde, no dejarán más que una pobre osamenta descarnada. Protegidos de los males del ozono debajo de los árboles disertan sobre la importancia de incorporarse al mundo de la informática —porque si no te quedás completamente afuera del sistema— mientras la dueña de casa prepara el cafecito, lava toneladas de platos engrasados, les advierte a los críos que no entren a la pileta con los pies enchastrados de barro y esquiva las semillas de mandarina que los más chiquitos amenazan encajarle en el ojo, empeñados en comprobar quién las escupe más lejos. Hombres y mujeres de largo aliento, siempre están bien dispuestos para sugerir que “si compramos unas pizzas y unas cuantas cervecitas ya nos vamos cenados y de paso charlamos un rato más”. Interesante propuesta, sólo que la pizzería más cercana queda lo suficientemente lejos como para que resulte más práctico poner a la anfitriona en la cocina —el lugar de donde nunca debió haber salido— a abrir latas, hervir spaghetti y preparar un tuco digno de aparecer en las publicidades de gente bien que vive de fideo party en fideo party, sin perder el estilo.

A esa altura, impotentes asumidos para tratar de recuperar la posesión de su casa, prefieren resignarse; empiezan a considerar la posibilidad de unas largas vacaciones en una playa caribeña; y dejan, mansos como corderos, el techo propio en manos de los indómitos squatters de verano.

Por Guillermo Saccomanno

BESTIAS DE MATADERO

Animales domésticos

Desde que Felipe trajo esa estufa de kerosene no se puede respirar en esta casa.

—Quería darte una sorpresa —me dijo cuando cortaba el hilo del paquete.

—Sabés que no aguanto el kerosene. Me da alergia.

—En esta casa hace mucho frío.

—Siempre hizo frío —le dije—. Ahora se siente más porque estamos viejos.

—¿Qué querés? ¿Que la cambie por una eléctrica? Las de cuarzo gastan mucho y no calientan.

Así son los regalos de Felipe. Cuando éramos jóvenes, con el sueldo compraba una pila de libros.

—Para vos y los chicos —decía.

—Sabés que no me gusta leer. Y lo que los chicos necesitan es ropa.

Es inútil luchar con Felipe.

—¿Cuánto te costó esa estufa?

—No se dice el precio de un regalo.

—Un regalo es algo que le gusta a quien lo recibe.

—No te aflijas. Lo compré con unos pesos que me gané a la quiniela.

—Si vos no jugás.

—No me creés.

—No, no te creo. Metiste la mano en mi secreter.

Y agarré la bolsa y me fui a comprar el pan. Que terminara él de desenvolverla. Y cuando volví, ahí estaba, como un chico con un juguete, estudiando el folleto con las instrucciones y el movimiento de las perillas.

—Me hace mal el kerosene —le dije.

Pero no me constestó.

Y ahora, en la noche, mientras Ana y Susi ladran en el patio, me cuesta respirar en la oscuridad del dormitorio. La estufa ilumina el rincón de la ventana que da al jardín. Es tan fuerte el olor del kerosene. Una de estas noches vamos a morir asfixiados por la emanación del kerosene. Pero si me llego a levantar y saco la estufa al patio Felipe va a protestar.

Por los ladridos cualquiera diría que Ana y Susi son guardianas. Y no. Ladran de miedo. Si por mí fuera, las perras dormirían debajo de nuestra cama. Pero Felipe se niega.

—Los animales y la gente no deben mezclarse —dice.

—¿Y eso lo sacaste de un libro?

—Rosas lo decía. En el *Manual para Capataces de Estancia*.

Felipe siempre tiene un libro a mano para retrucar.

—Vos y tus libros —me fastidio—. Por tus libros estamos como estamos.

—Ayudan —me contesta.

—¿A qué ayudan?

—A comprender.

—No hay tanto para comprender en este mundo. Las cosas son como son. Y por más vueltas que les des, son como son y no se puede hacer nada para cambiarlas.

En la noche, por culpa del kerosene tengo náuseas y dolor de cabeza. Pero me callo. Porque Felipe duerme como un bendito. Cuando ronca, lo sacudo y se calla un rato. Entonces el silencio es como un gas mortal, igualito a la emanación de la estufa.

—Deberías aprender a manejarla —me dijo Felipe—. Te conviene saber cómo se prende y se apaga.

—Vos la trajiste, vos te encargás.

—Igual que vos con las perras y ese gato de mierda.

—No seas boca sucia. Beto ni te molesta.

—Esta casa apesta a meada de gato.

Cuando Felipe se pone así, le doy la espalda. Y me meto en mí misma.

Doy vueltas en la cama y la oscuridad. Deben ser las cuatro y veinte, según las agujitas verdes. Pero bien podrían ser las cuatro y diecisiete, las cuatro y dieciocho, las cuatro y diecinueve. Con estos relojes modernos es difícil precisar el tiempo que es. Antes los relojes traían todos los números. Y se oía el mecanismo. Tic-tac. Tic-tac. Y una se daba cuenta de que el tiempo iba pasando. Eso antes de la desgracia de los chicos.

De tanto en tanto, Ana y Susi se atropellan ladrando en el patio. Y los maullidos de Beto. Las dos corren y ladran como si fueran feroces. Le ladran a Beto que está en la azotea. Hace un rato me pareció que estaba en la azotea.

A veces pienso que Felipe quiere que los animales duerman afuera para que se mueran de frío.

—Es inhumano cómo los tratás —le dije.

—Inhumano es ponerles nombres de seres vivos.

—No están vivos —le dije.

Y se calló arrodillándose junto a la estufa, aflojando una perilla y levantando la coraza.

—Por la mecha no gasifica bien —dijo.

No hay duda. Ese maullido es de Beto. Ahora saltó al techo del dormitorio. Anda por las chapas del techo.

Pensar que desde el veintiuno de este mes los días van a tener un minuto más me saca de las casillas. Un minuto más de insomnio, de pensamientos que no van a ninguna parte. Y afuera, el viento, oscuro, cortante. Sin embargo, hay noches que Felipe se queda en la puerta de calle mirando hacia la avenida hasta la hora de la cena, como esperando que aparezcan y vuelvan.

Me levanto en puntas de pie, me calzo las pantuflas y me abrigo con un batón para ir a la cocina y prepararme un té de tilo. Parada frente a las hornallas, espero que hierva el agua. Dicen que el tilo hace dormir. Será a los jóvenes. Acerco las palmas al mechero. Es tanto mejor el gas que el kerosene. Y es más seguro también. Pero Felipe no quiso saber nada con poner las estufas de tiro balanceado.

Con prudencia, abro la puerta de la cocina para que entren Ana, Susi y después Beto, que tarda en venir porque anda por la azotea todavía, pero ya va a venir. Y cuando Beto entra, cierro y los dejo que se queden un rato adentro.

Aunque Felipe pueda levantarse para ir al baño y descubrirme no me importa. Para mí,



Por Guillermo Saccomanno

BESTIAS DE MATADERO

Animales domésticos

Desde que Felipe trajo esa estufa de kerosene no se puede respirar en esta casa.

—Quería darte una sorpresa —me dijo cuando cortaba el hilo del paquete.

—Sabés que no aguanto el kerosene. Me da alergia.

—En esta casa hace mucho frío.

—Siempre hizo frío —le dije—. Ahora se siente más porque estamos viejos.

—¿Qué querés? ¿Que la cambie por una eléctrica? Las de cuarzo gastan mucho y no calientan.

Así son los regalos de Felipe. Cuando éramos jóvenes, con el sueldo compraba una pila de libros.

—Para vos y los chicos —decía.

—Sabés que no me gusta leer. Y lo que los chicos necesitan es ropa.

Es inútil luchar con Felipe.

—¿Cuánto te costó esa estufa?

—No se dice el precio de un regalo.

—Un regalo es algo que le gusta a quien lo recibe.

—No te aflijas. Lo compré con unos pesos que me gané a la quiniela.

—Si vos no jugás.

—No me creés.

—No, no te creo. Metiste la mano en mi secreter.

Y agarré la bolsa y me fui a comprar el pan. Que terminara él de desenvolverla. Y cuando volví, ahí estaba, como un chico con un juguete, estudiando el folleto con las instrucciones y el movimiento de las perillas.

—Me hace mal el kerosene —le dije.

Pero no me constestó.

Y ahora, en la noche, mientras Ana y Susi ladran en el patio, me cuesta respirar en la oscuridad del dormitorio. La estufa ilumina el rincón de la ventana que da al jardín. Es tan fuerte el olor del kerosene. Una de estas noches vamos a morir asfixiados por la emanación del kerosene. Pero si me llego a levantar y saco la estufa al patio Felipe va a protestar.

Por los ladridos cualquiera diría que Ana y Susi son guardianas. Y no. Ladran de miedo. Si por mí fuera, las perras dormirían debajo de nuestra cama. Pero Felipe se niega.

—Los animales y la gente no deben mezclarse —dice.

—¿Y eso lo sacaste de un libro?

—Rosas lo decía. En el *Manual para Capataces de Estancia*.

Felipe siempre tiene un libro a mano para retrucar.

—Vos y tus libros —me fastidio—. Por tus libros estamos como estamos.

—Ayudan —me contesta.

—¿A qué ayudan?

—A comprender.

—No hay tanto para comprender en este mundo. Las cosas son como son. Y por más vueltas que les des, son como son y no se puede hacer nada para cambiarlas.

En la noche, por culpa del kerosene tengo náuseas y dolor de cabeza. Pero me callo. Porque Felipe duerme como un bendito. Cuando ronca, lo sacudo y se calla un rato. Entonces el silencio es como un gas mortal, igualito a la emanación de la estufa.

—Deberías aprender a manejarla —me dijo Felipe—. Te conviene saber cómo se prende y se apaga.

—Vos la trajiste, vos te encargás.

—Igual que vos con las perras y ese gato de mierda.

—No seas boca sucia. Beto ni te molesta.

—Esta casa apesta a meada de gato.

Cuando Felipe se pone así, le doy la espalda. Y me meto en mí misma.

Doy vueltas en la cama y la oscuridad. Deben ser las cuatro y veinte, según las agujitas verdes. Pero bien podrían ser las cuatro y diecisiete, las cuatro y dieciocho, las cuatro y diecinueve. Con estos relojes modernos es difícil precisar el tiempo que es. Antes los relojes traían todos los números. Y se oía el mecanismo. Tic-tac. Tic-tac. Y una se daba cuenta de que el tiempo iba pasando. Eso antes de la desgracia de los chicos.

De tanto en tanto, Ana y Susi se atropellan ladrando en el patio. Y los maullidos de Beto. Las dos corren y ladran como si fueran feroces. Le ladran a Beto que está en la azotea. Hace un rato me pareció que estaba en la azotea.

A veces pienso que Felipe quiere que los animales duerman afuera para que se mueran de frío.

—Es inhumano cómo los tratás —le dije.

—Inhumano es ponerles nombres de seres vivos.

—No están vivos —le dije.

Y se calló arrodillándose junto a la estufa, aflojando una perilla y levantando la coraza.

—Por la mecha no gasifica bien —dijo.

No hay duda. Ese maullido es de Beto. Ahora saltó al techo del dormitorio. Anda por las chapas del techo.

Pensar que desde el veintiuno de este mes los días van a tener un minuto más me saca de las casillas. Un minuto más de insomnio, de pensamientos que no van a ninguna parte. Y afuera, el viento, oscuro, cortante. Sin embargo, hay noches que Felipe se queda en la puerta de calle mirando hacia la avenida hasta la hora de la cena, como esperando que aparezcan y vuelvan.

Me levanto en puntas de pie, me calzo las pantuflas y me abrigo con un batón para ir a la cocina y prepararme un té de tilo. Parada frente a las hornallas, espero que hierva el agua. Dicen que el tilo hace dormir. Será a los jóvenes. Acerco las palmas al mechero. Es tanto mejor el gas que el kerosene. Y es más seguro también. Pero Felipe no quiso saber nada con poner las estufas de tiro balanceado.

Con prudencia, abro la puerta de la cocina para que entren Ana, Susi y después Beto, que tarda en venir porque anda por la azotea todavía, pero ya va a venir. Y cuando Beto entra, cierro y los dejo que se queden un rato adentro.

Aunque Felipe pueda levantarse para ir al baño y descubrirme no me importa. Para mí, estos animales son como mis hijos. Por eso les puse sus nombres. Y cuando los llamo me parece que los estoy llamando a ellos, que no se los llevaron, que todavía están estudiando en el comedor, como cuando iban a la facultad.

No me viene el sueño, no hay caso.

Y para entretenerme, mientras tomo despacito el té, leo el folleto que vino con la estufa. Felipe siempre lo tiene sobre la mesa, al lado de los cigarrillos.

La vista no me da más que para leer las letras más gruesas;

1°) Desarmar la garganta.
2°) Extraer la mecha.
3°) Colocar la mecha.
4°) Armar la garganta.

Encarnación

—Jurame que no estás tomando merca —le pidió él.

—Te lo juro —le dijo ella.

—No te creo.

—Lo juro por tu ex y tus nenas.

—En serio.

—Lo juro por el Conde.

Eso había sido anoche.

Ahora hacía un rato que estaba despierta, con los ojos clavados en el sol que se filtraba por las persianas. No precisaba mirar el reloj para saber la hora de la mañana. El ascensor, las voces de los chicos del departamento de enfrente, el tintineo de las tazas de los vecinos, los pasos del lechero en la puerta de servicio le decían qué hora era.

El dormía a su lado.

Ella se retrajo bajo las sábanas y lo abrazó. Le tocó una cicatriz a la altura de los riñones. No se iba a despertar hasta que ella le sirviera el café con leche y las medialunas junto con *La Nación*. Lo había mal acostumbrado, pensó. Lo besó en la espalda. Y él apenas se movió.

Sentada en la cama, buscó con los ojos el retrato del Conde. Uno de estos días voy a encontrar mi alma gemela, pensó. No un separado con dos hijas. Un ser especial.

En la mesa de luz, al lado de la pirámide de cobre, tenía su vaso de agua. Se lo tomó.

—¿Una ambulancia? —le había preguntado él anoche.

Tomaba su whisky, tranquilo. Tranquilo por el lexo.

—En una ambulancia —le contestó ella.

Y al armar el porro le dijo:

—La sirena es el sonido de la risa de Dios.

—Para escribir un poema —le dijo él—. Ya mismo.

Y había ido hasta la máquina de escribir y se había puesto a escribir el poema. Cada vez que mezclaban whisky, lexos y yerba él le escribía un poema. Ella tenía una caja de zapatos llena de poemas. En el delirio de la merca había guardado algunos en la caja de seguridad de la sucursal del Banco Shaw de Callao y Quintana.

—Este fumo mata —le dijo ella, quitándose el pulóver. No tenía nada abajo. Pero él siguió escribiendo.

—¿Y después? —se volvió él.

—Me internaron en lo de García Badaracco.

A él esta parte de la vida de ella no le interesaba. Ella se dio cuenta. Pero igual siguió contando:

—Me internaron. Un tiempo.

Y él se dio vuelta y la abrazó. Ella se preguntó si era por compasión o porque se había sacado el pulóver.

Anoche, también anoche, le había contado cuando se había escapado a Perú en el Mercedes del padre.

—Tiré el tapado de piel, el collar de perlas y corrí por las escaleras de las ruinas, gritando como una loca. Dios estaba tan cerca.

—¿Y después?

—Un jeep, una avioneta, trasbordo, Aerolíneas, ambulancia, la clínica. Me hice muy amiga de un pibe en la clínica. Caminaba con un walkman sin pilas por el patio todo el santo día, dopado, cantando un magnificat. Caminaba descalzo, como casi todos. Se había cortado el pecho con una yilet. Se llamaba Marcos, Marcos qué, le preguntaban. Marcos de la realidad, decía. Y ponía el volumen del walkman al mango. Lo tenía conectado con su ser, decía.

El la escuchaba con verdadera unción. Y ella le contaba. Le contaba de la cocaína y las macumbas. En esos momentos, pensaba que él la escuchaba así porque cualquier historia era más interesante que la suya, la historia de un separado. Bueno, él quería escribir. Y renunciar a esa mesa de dinero en la que trabajaba.

Ella no le decía que lo pensara. Y lo que pensaba era que cuando los tipos se separan quieren hacer todo lo que no pueden hacer con la otra hasta que encuentran otra igual.

Anoche, como todas las noches, los edificios titilaban desde el ventanal de su departamento frente al río. Se acordó de haberle dicho que había visto el infierno.

—El paraíso, no —se acordaba que le dijo—. Nunca vi el paraíso. Y mirá que lo busqué. En una de esas, no existe. Es un instante de conciencia. Y pasa tan pronto.

Y él la convidó con uno de sus lexos:

—Jurame que no hiciste merca.

—Te juro —le dijo tomando el lexo en seco.

El siempre creía que ella había tomado merca cuando se ponía en ese estado.

—¿Y vos? —le preguntó—. Whisky, faso, pasta.

—No me hace nada.

Después se acostaron. Y él puso la televisión. Le gustaba coger con la tele encendida y sin sonido. Ella se durmió primero. Y cuando se levantó en la noche para orinar, vio que en ese canal de cable daban una de guerra con William Holden. Y la apagó.

Anoche le tendría que haber contado lo que le dijo ese maestro en un pueblito colombiano: Quien recibe el día, recibe un don. Y ella se despertaba siempre al amanecer. Iba al baño. Miraba el amanecer y se volvía a acostar con la satisfacción del deber cumplido. Entonces el cielo estaba más cerca que nunca.

Y él seguía durmiendo.

Pensó en la reencarnación y en el Ser Supremo. El Conde, en el retrato, tenía una sonrisa dulce. Ella había elegido al Conde Saint Germain como guía.

Deben ser las nueve, pensó.

Desde que la habían despertado los primeros ruidos de la mañana, había estado abrazada a su espalda, pegada a él, sintiendo la vibración de sus pulmones. Poco a poco se separó de su cuerpo, despegándose por napas.

Desnuda, frente al espejo del baño, se lavó los dientes con fuerza hasta que le sangraron las encías. Escupió. Y mientras se hacía un buche, mirándose, se tocó los pechos:

—Tienen treinta y siete años —les dijo.

Se cepilló el pelo sin apuro. Después, volvió al dormitorio. El seguía durmiendo.

Y se vistió. Se puso una pollera de jean —sin bombacha, porque no usaba bombacha, y a él eso le gustaba, a lo mejor era lo que más le gustaba de ella—, un top negro y zapatos también negros de taco alto. Levantó las llaves que estaban al pie de la cama, entre una frazada y los pantalones de él. Y al revolver la frazada volcó un vaso de whisky de anoche.

Al bajar los doce pisos, en la calle, le pareció que emergía. Las veredas mojadas, el tráfico y el olor del diario que se llevó del quiosco le dieron vértigo. Entró en la panadería, compró ocho medialunas y salió. Las mañanas debían tener un orden. Pasó por el almacén y compró leche, mermelada y manteca.

Mientras preparaba el desayuno pensó que no le diría que no estaba usando el diafragma, que quizá estaba embarazada.

Guillermo Saccomanno (Buenos Aires, 1948) publicó tres novelas: "Prohibido escupir sangre", "Situación de peligro" (Premio Club de los XIII), "Roberto y Eva, historia de un amor argentino" (Premio Crisis de Novela Latinoamericana) y un libro de cuentos, "Bajo bandera". Textos suyos figuran en diversas antologías nacionales y fueron publicados en diferentes países. Los relatos que se presentan hoy en **Verano/12** pertenecen a su próximo libro: "Animales domésticos". Y su título proviene de una cita de Ernst Jünger: "Toda comodidad debe ser pagada. La condición de animal doméstico arrastra consigo la de bestia de matadero".

estos animales son como mis hijos. Por eso les puse sus nombres. Y cuando los llamo me parece que los estoy llamando a ellos, que no se los llevaron, que todavía están estudiando en el comedor, como cuando iban a la facultad.

No me viene el sueño, no hay caso.

Y para entretenerme, mientras tomo despacito el té, leo el folleto que vino con la estufa. Felipe siempre lo tiene sobre la mesa, al lado de los cigarrillos.

La vista no me da más que para leer las letras más gruesas;

1º) Desarmar la garganta.
2º) Extraer la mecha.
3º) Colocar la mecha.
4º) Armar la garganta.

Encarnación

—Jurame que no estás tomando merca —le pidió él.

—Te lo juro —le dijo ella.

—No te creo.

—Lo juro por tu ex y tus nenas.

—En serio.

—Lo juro por el Conde.

Eso había sido anoche.

Ahora hacía un rato que estaba despierta, con los ojos clavados en el sol que se filtraba por las persianas. No precisaba mirar el reloj para saber la hora de la mañana. El ascensor, las voces de los chicos del departamento de enfrente, el tintineo de las tazas de los vecinos, los pasos del lechero en la puerta de servicio le decían qué hora era.

El dormía a su lado.

Ella se retrajo bajo las sábanas y lo abrazó. Le tocó una cicatriz a la altura de los riñones. No se iba a despertar hasta que ella le sirviera el café con leche y las medialunas junto con *La Nación*. Lo había mal acostumbrado, pensó. Lo besó en la espalda. Y él apenas se movió.

Sentada en la cama, buscó con los ojos el retrato del Conde. Uno de estos días voy a encontrar mi alma gemela, pensó. No un separado con dos hijas. Un ser especial.

En la mesa de luz, al lado de la pirámide de cobre, tenía su vaso de agua. Se lo tomó.

—¿Una ambulancia? —le había preguntado él anoche.

Tomaba su whisky, tranquilo. Tranquilo por el lexo.

—En una ambulancia —le contestó ella.

Y al armar el porro le dijo:

—La sirena es el sonido de la risa de Dios.

—Para escribir un poema —le dijo él—. Ya mismo.

Y había ido hasta la máquina de escribir y se había puesto a escribir el poema. Cada vez que mezclaban whisky, lexos y yerba él le escribía un poema. Ella tenía una caja de zapatos llena de poemas. En el delirio de la merca había guardado algunos en la caja de seguridad de la sucursal del Banco Shaw de Callao y Quintana.

—Este fumo mata —le dijo ella, quitándose el pulóver. No tenía nada abajo. Pero él siguió escribiendo.

—¿Y después? —se volvió él.

—Me internaron en lo de García Badaracco.

A él esta parte de la vida de ella no le interesaba. Ella se dio cuenta. Pero igual siguió contando:

—Me internaron. Un tiempo.

Y él se dio vuelta y la abrazó. Ella se preguntó si era por compasión o porque se había sacado el pulóver.

Anoche, también anoche, le había contado cuando se había escapado a Perú en el Mercedes del padre.

—Tiré el tapado de piel, el collar de perlas y corrí por las escaleras de las ruinas, gritando como una loca. Dios estaba tan cerca.

—¿Y después?

—Un jeep, una avioneta, trasbordo, Aerolíneas, ambulancia, la clínica. Me hice muy amiga de un pibe en la clínica. Caminaba con un walkman sin pilas por el patio todo el santo día, dopado, cantando un magnificat. Caminaba descalzo, como casi todos. Se había cortado el pecho con una yilet. Se llamaba Marcos, Marcos qué, le preguntaban. Marcos de la realidad, decía. Y ponía el volumen del walkman al mango. Lo tenía conectado con su ser, decía.

El la escuchaba con verdadera unción. Y ella le contaba. Le contaba de la cocaína y las macumbas. En esos momentos, pensaba que él la escuchaba así porque cualquier historia era más interesante que la suya, la historia de un separado. Bueno, él quería escribir. Y renunciar a esa mesa de dinero en la que trabajaba.

Ella no le decía que lo pensara. Y lo que pensaba era que cuando los tipos se separan quieren hacer todo lo que no pueden hacer con la otra hasta que encuentran otra igual.

Anoche, como todas las noches, los edificios titilaban desde el ventanal de su departamento frente al río. Se acordó de haberle dicho que había visto el infierno.

—El paraíso, no —se acordaba que le dijo—. Nunca vi el paraíso. Y mirá que lo busqué. En una de esas, no existe. Es un instante de conciencia. Y pasa tan pronto.

Y él la convidó con uno de sus lexos:

—Jurame que no hiciste merca.

—Te juro —le dijo tomando el lexo en seco.

El siempre creía que ella había tomado merca cuando se ponía en ese estado.

—¿Y vos? —le preguntó—. Whisky, faso, pasta.

—No me hace nada.

Después se acostaron. Y él puso la televisión. Le gustaba coger con la tele encendida y sin sonido. Ella se durmió primero. Y cuando se levantó en la noche para orinar, vio que en ese canal de cable daban una de guerra con William Holden. Y la apagó.

Anoche le tendría que haber contado lo que le dijo ese maestro en un pueblito colombiano: Quien recibe el día, recibe un don. Y ella se despertaba siempre al amanecer. Iba al baño. Miraba el amanecer y se volvía a acostar con la satisfacción del deber cumplido. Entonces el cielo estaba más cerca que nunca.

Y él seguía durmiendo.

Pensó en la reencarnación y en el Ser Supremo. El Conde, en el retrato, tenía una sonrisa dulce. Ella había elegido al Conde Saint Germain como guía.

Deben ser las nueve, pensó.

Desde que la habían despertado los primeros ruidos de la mañana, había estado abrazada a su espalda, pegada a él, sintiendo la vibración de sus pulmones. Poco a poco se separó de su cuerpo, despegándose por napas.

Desnuda, frente al espejo del baño, se lavó los dientes con fuerza hasta que le sangraron las encías. Escupió. Y mientras se hacía un buche, mirándose, se tocó los pechos:

—Tienen treinta y siete años —les dijo.

Se cepilló el pelo sin apuro. Después, volvió al dormitorio. El seguía durmiendo.

Y se vistió. Se puso una pollera de jean —sin bombacha, porque no usaba bombacha, y a él eso le gustaba, a lo mejor era lo que más le gustaba de ella—, un top negro y zapatos también negros de taco alto. Levantó las llaves que estaban al pie de la cama, entre una frazada y los pantalones de él. Y al revolver la frazada volcó un vaso de whisky de anoche.

Al bajar los doce pisos, en la calle, le pareció que emergía. Las veredas mojadas, el tráfico y el olor del diario que se llevó del quiosco le dieron vértigo. Entró en la panadería, compró ocho medialunas y salió. Las mañanas debían tener un orden. Pasó por el almacén y compró leche, mermelada y manteca.

Mientras preparaba el desayuno pensó que no le diría que no estaba usando el diafragma, que quizá estaba embarazada.

Guillermo Saccomanno (Buenos Aires, 1948) publicó tres novelas: "Prohibido escupir sangre", "Situación de peligro" (Premio Club de los XIII), "Roberto y Eva, historia de un amor argentino" (Premio Crisis de Novela Latinoamericana) y un libro de cuentos, "Bajo bandera". Textos suyos figuran en diversas antologías nacionales y fueron publicados en diferentes países. Los relatos que se presentan hoy en **Verano/12** pertenecen a su próximo libro: "Animales domésticos". Y su título proviene de una cita de Ernst Jünger: "Toda comodidad debe ser pagada. La condición de animal doméstico arrastra consigo la de bestia de matadero".

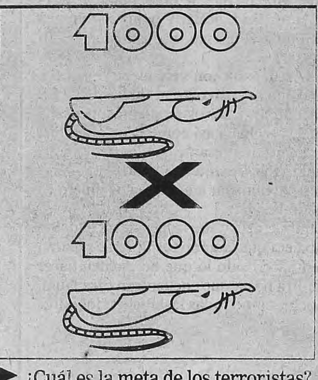
VIÑUELA

Juegos

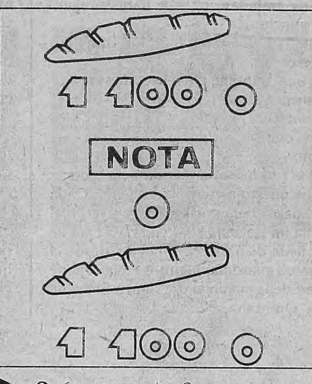
Jeroglíficos



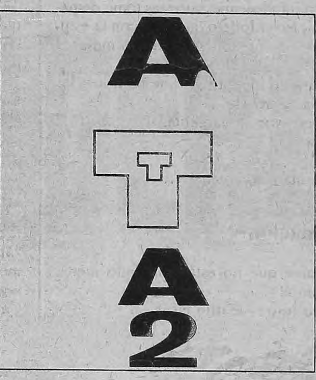
► ¿Quiénes ponen las bombas?



► ¿Cuál es la meta de los terroristas?



► ¿Qué nos aportan?



► ¿Qué dejan tras de sí?

Solcuaciones

18☺18☺ 4 =81

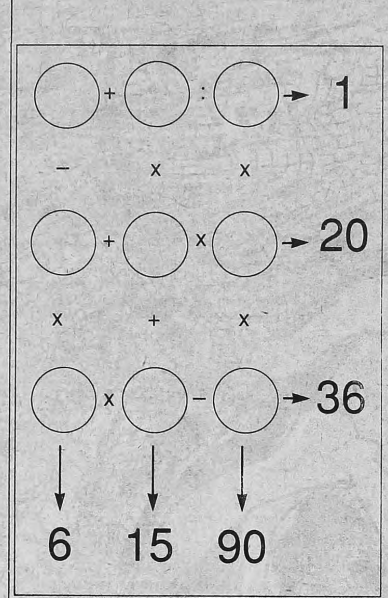
5 ☺4 ☺ 9 =81

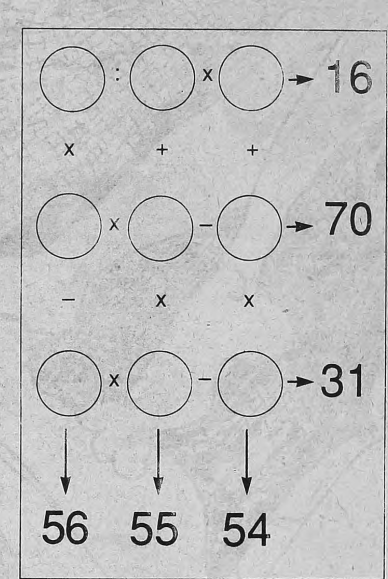
9 ☺3 ☺54 =81

12☺2 ☺63 =81

► Sustituya los soles por símbolos matemáticos para resolver las soluciones.

Numerograma





► Escribiendo en cada círculo la cifra correspondiente, una vez efectuadas las operaciones, obtendrá el resultado que indica la flecha.

Las parejas

► Relacione estas doce ciudades con los países a que pertenecen.

1. ROTTERDAM	A. TURQUIA
2. GLASGOW	B. NORUEGA
3. CRACOVIA	C. TUNEZ
4. UPPSALA	D. REP. DE SUDAFRICA
5. CASABLANCA	E. PAISES BAJOS
6. SFAX	F. ALEMANIA
7. BERGEN	G. MARRUECOS
8. OPORTO	H. SUECIA
9. ZURICH	I. POLONIA
10. ESMIRNA	J. PORTUGAL
11. JOHANNESBURGO	K. REINO UNIDO
12. MUNICH	L. SUIZA



Soluciones

JEROGLIFICOS:

1. Unos pirados.
(UNOS-PIRA-DOS)
2. Matar por matar.
(M-ATAR-POR-M-ATAR)
3. Pánico, sólo pánico.
(PAN-I-C-O-SOL-O-PAN-I-C-O)
4. Atentados.
(A-T EN T-A-DOS)

NUMEROGRAMA:

Primero.

1	+	2	:	3	=	1
-		x		x		
0	+	4	x	5	=	20
x		+		x		
6	x	7	-	6	=	36
=		=		=		
6		15		90		

Segundo.

8	:	2	x	4	=	16
x		+		+		
8	x	9	-	2	=	70
-		x		x		
8	x	5	-	9	=	31
=		=		=		
56		55		54		

SOLCUACIONES:

18 x 18 : 4 = 81
5 + 4 x 9 = 81
9 x 3 + 54 = 81
12 x 12 - 63 = 81

LAS PAREJAS:

1-E. 2-K. 3-I. 4-H. 5-G. 6-C. 7-B. 8-J. 9-L. 10-A. 11-D. 12-F.